

lectura, ve discurrir de una parte á otra las sombras de los personajes: ve al rey don Pedro, que tiene ya concertado su execrable proyecto, recibir en su *palacio del Yeso* con falsas demostraciones de interés á su hermano el maestre don Fadrique; ve á la hermosa Padilla, triste y azorada en su aposento, en las habitaciones del *Caracol* (1), deseando y no atreviéndose á revelar al maestre, que pasa á visitarla, la celada que se le tiene urdida; mira al bizarro infante, destinado á morir arteramente, despojado del auxilio de sus criados, á quienes los porteros obligan á salir con sus mulas fuera del patio en que esperaban á su señor; contempla por último la vuelta de don Fadrique á la presencia del irritado monarca, que le llama, haciendo que en las puertas detengan á sus caballeros, y que manda á sus ballesteros que le prendan y le maten; y la huida del desgraciado, que habiendo conseguido desasirse del ballestero mayor, Pero López Padilla, corre espantado de aquí para allá atravesando ya este patio, ya aquella sala, ya aquel zaguán, procurando evitar los golpes de los que le persiguen con las mazas levantadas, pugnando en vano por desenvainar la espada, fatalmente prendida por la cruz de la empuñadura á la correa del cinturón, y saliendo finalmente al patio en demanda del *postigo del corral*, que creía abierto, para caer allí con el cráneo roto de un golpe que le asesta Nuño Fernández de Roa (2). Pero hoy ya no se

(1) Dentro de lo que hoy llamamos Alcázar de Sevilla había en tiempo del rey don Pedro varias habitaciones, independientes unas de otras, que llevaban el nombre de *palacios*, y correspondían á lo que en las regias moradas de nuestra época denominamos *cuartos*; por ejemplo: el *cuarto del rey*, el *cuarto de la reina*, el *cuarto de la princesa*, el *cuarto de la infanta*, etc. No se sabe cuál era el *palacio del yeso*, ni cuáles las *habitaciones del caracol*: acaso debió aquél su nombre á alguna primorosa obra de *yesería* ó estuco, que adornara sus estancias.

(2) Hemos seguido en este brevisimo cuadro de la muerte del maestre don Fadrique la narración de la crónica de López de Ayala, que nos parece, después de cuanto se ha escrito en pró y en contra, el único guía seguro para la historia del rey don Pedro. El conocido romance anónimo que empieza *Yo me estaba allá en Coímbra*, y en el cual descubre el Sr. Durán vestigios de grande antigüedad bajo una forma evidentemente rehecha en el siglo xvi, pasa muy ligeramente sobre los accidentes que acompañaron al execrable fratricidio. En cambio, resume con bastante fidelidad las circunstancias que hicieron presentir al maestre su des-

sabe de una manera positiva cuál era el *palacio del Yeso*, ni cuál el *del Caracol*; se sospecha que fuese el patio donde tiene su fachada principal el Alcázar, el que la crónica llama *Corral*, y que la puerta que nombra *postigo* fuera la lateral que conduce

gracia. Pero no contiene ningún rasgo gráfico que pueda darnos luz sobre la disposición del teatro en que nos coloca. He aquí su pintoresco relato, en que tan pronto es el poeta como el mismo don Fadrique el que habla:

Yo me estaba allá en Coímbra,
que yo me la hube ganado,
cuando me vinieron cartas
del rey don Pedro mi hermano
que fuese á ver los torneos
que en Sevilla se han armado.

Dí de espuelas á mi mula,
en Sevilla me hube entrado;
de que no ví tela puesta
ni ví caballero armado,
partíme para el Alcázar
del rey don Pedro mi hermano.
En entrando por las puertas,
las puertas me habian cerrado:
quitáronme la mi espada,
la que yo traía al lado;
quitáronme mi compañía,
la que me habia acompañado.
Los míos desque esto vieron
de traición me han avisado,
que me saliese por fuera,
que ellos me pondrian en salvo.
Yo como estaba sin culpa
de nada hube curado,
fuíme para el aposento
del rey don Pedro mi hermano.
—Manténgaos Dios, el buen rey,
y á todos de cabo á cabo.
—En mal hora vengáis, maestre,
maestre, mal seáis llegado:

vuestra cabeza, maestre,
mandada está en aguinaldo.

Venid acá, mis porteros,
hágase lo que he mandado.—
Aún no lo hubo bien dicho,
la cabeza le han cortado.

Sólo la crónica da razón del motivo con que pretendía justificar el rey esta rigurosa

de este mismo patio al de Banderas. La tradición sin embargo se obstina en señalar como teatro del execrable fratricidio ora el patio de las Muñecas, ora el mismo Salón de Embajadores, sin curarse de la noticia, recogida por el historiador, de que don Fadrique, perseguido por los ballesteros, corrió en dirección del *postigo*, por donde le habían aconsejado antes que se salvase cuando fué á tomar su mula y halló que habían echado fuera á todos los de su escolta.

Es la arquitectura del patio de las Muñecas puramente granadina. Los arcos, revestidos en su intrados de un angrelado menudo, voltean entre esbeltos pilares de ladrillo sostenidos en columnas de mármol de delicado capitel; las acitaras que componen el doble tabique, revestidas de caladas ajaracas, son de ladrillo, madera y estuco, y la pintura cubre los adornos de un armonioso velo que da al conjunto la apariencia de los preciosos tejidos de Persia. Este patio es un rectángulo de lados desiguales: en los que miran al Salón de Embajadores presenta un grande arco, algo peraltado, entre dos mucho menores y de la misma forma; en los otros dos lados, un arco mayor y otro menor, descansando todos ellos sobre diez delgadas columnas de diferentes colores, en cuyos capiteles, que creemos de la primera época por su semejanza con los de la parte primitiva de la mezquita de Córdoba, hay una delicadeza y una frescura de

medida, diciendo que don Pedro había averiguado que sus hermanos bastardos, don Fadrique y don Tello, seguían secretas negociaciones con el rey de Aragón su irreconciliable enemigo. Solo ella cuenta además, que cuando llegó don Fadrique con su comitiva al Alcázar, donde esperaba recibir albricias del rey por la toma de Jumilla (no de Coímbra, como dice el romance), halló á éste entretenido jugando á las damas: que don Pedro le preguntó con fingida amabilidad y semblante ledo si tenía en Sevilla buena posada, añadiendo que se fuese á descansar y luego volviese; que el maestre se dirigió entonces á saludar á doña María de Padilla, que estaba en las habitaciones llamadas *del Caracol*; y por último que al salir del palacio, y mientras advertía con sorpresa que habían hecho salir del patio donde se había apeado sus hombres de armas y sus mulas, fué enviado á llamar por el monarca, y llegando á su presencia, deteniendo los porteros al paso á los caballeros que le acompañaban, halló la muerte á manos de los ballesteros de don Pedro al ir á tomar el *postigo* del corral para salvarse.

líneas que cautiva. Los pilares que cargan sobre las columnas están bellamente decorados con cenefas verticales formadas de inscripciones cúficas (1). La parte alta de esta primorosa alfagía se halla adulterada con torpes restauraciones.

Así el salón de Embajadores como el patio de las Muñecas están rodeados de primorosas salas (2), que parten desde la

(1) V. la lámina *Patio de las Muñecas*.

(2) Á fin de que esta descripción del Alcázar no resulte demasiado prolija, como lo es indudablemente la ornamentación de todos los edificios de este género, omitimos en el texto la enumeración de las partes que constituyen la riqueza arquitectónica de las salas secundarias, y reproducimos en esta nota los apuntes que en ellas tomamos durante nuestra visita al célebre palacio del rey don Pedro. — Tiene el patio de las Muñecas en sus galerías diferentes portadas, entre las cuales la del norte conduce á una sala (llamada hoy *Salón de los príncipes*) con una grande alhanía en cada uno de los extremos, despojada ya de sus alicatados y en gran parte de sus relieves de estuco, pero no menos interesante por las portadas de sus alhanías, sus variados, bellos y ricos techos y sus altas fajas de arabesco: todo pintado y dorado con cierta inteligencia, delicadeza y gusto. Los techos de las alhanías no son iguales al de la sala: éste, plano, ó quizá levemente combado, está sembrado de estrellas y triángulos de oro entre lacerías; el de la alhanía de la derecha es un polígono piramidal de entrelazos dorados; el de la alhanía de la izquierda, un tanto inclinado hacia los bordes, presenta compartimentos cuadrados ó cuadrilongos. — En uno de los ángulos del patio de las Muñecas hay otra puerta, que conduce á un angosto pasadizo con bóveda de cañón seguido, y este pasadizo es digno de observación, no ya por la ancha faja de sus alicatados, cosa común en todas las piezas de este monumento, sino por estar toda cuajada de arabescos su bóveda, la cual lleva un borde recamado de adornos estalactíticos y debajo de ellos una faja de figuras inscritas y circunscritas de buen efecto. La lindeza de este pasillo aumenta con el fondo de fresco verdor que le proporciona la galería abierta del jardín llamado *del Príncipe*. — Da también paso el mencionado patio por la parte de occidente á otra sala con hermosa portada y no feos alicatados, en cuyo techo de vistoso almizate figuran pintados y dorados los escudos de armas de Isabel y Fernando. — Pero salgamos ya de ese patio, crucemos la larga sala que corre al poniente del salón de Embajadores; dejemos á un lado la que le sirve como de vestíbulo al Sur, que conserva aún una bella portada y un ajimez, y vamos á recorrer el ala meridional del edificio, donde se nos ofrece una serie de tarbeas, todas perfumadas por el aliento de los deliciosos jardines que extienden al pié del vetusto alcázar morisco su rica alfombra de flores y sus bóvedas de frondosas enramadas. Tienen casi todas estas salas la misma decoración: alizares alicatados en la parte baja, en las alfeizas arcos ornamentales profusamente adornados, combinados de distintos modos según la extensión de las piezas, techumbres de alfarge en que figuran las armas de León y de Castilla, y puertas de arco con su arrabá y á veces con ventanas de menudo calado encima. La que entre todas principalmente se distingue es la que da al patio de las Doncellas, que lleva el nombre de Salón de Carlos V, la cual tiene en una de sus extremidades una alhanía grande de techo poliédrico, aunque apenas conserva ya en sus paredes nada de sus antiguos relieves.

fachada principal del Alcázar, contornan el ángulo N. O. del edificio, y forman una serie de misteriosas y voluptuosas estancias, contiguas á las galerías de los jardines *del Príncipe, de la Gruta y de la Danza*, hasta terminar en el otro ángulo S. E. del patio de las Doncellas, donde está la capilla y donde se cree estaba el lujoso aposento *del Caracol*. Sería sin duda esta parte, la más rica de todo el edificio por sus preciosos estucados ó labores de yeso á la manera granadina, la que se llamaba el palacio *del Yeso* (1) según algunos manuscritos de la Crónica. Pero ¿en cuál de estas salas estaría don Pedro jugando á las damas cuando se le presentó el maestre? ¿En cuál de ellas se pondría á comer teniendo delante el cadáver de su hermano revolcado en su propia sangre? (2) No hay medio seguro de averiguarlo.

Tampoco podemos señalar con fijeza el lugar que ocupaban las habitaciones de doña María de Padilla, llamadas *del Caracol*. Sospechamos, y en esto vamos acordes con la tradición, que caían á la banda de levante del patio de las Doncellas, donde está hoy la capilla baja: este recinto, en efecto, se halla contiguo por su ángulo de N. E. á los famosos baños que aún retienen el nombre de la célebre favorita, más digna de lástima que de odio, y además comunica por medio de una angosta y casi escondida escalera, la más antigua del Alcázar, con el dormitorio del rey don Pedro situado en el piso superior. Aquí tendría lugar de consiguiente aquel mismo infausto día de la muerte del maestre, la bárbara escena final de ese drama, en que el encolerizado rey, ciego y desatentado, mató por su propia mano á Sancho Ruíz de Villegas, que, para librarse de su furor, había tomado por égida á la inocente niña primer fruto de los amores de don Pedro con doña María (3). Nada resta de la lujosa vi-

(1) Otros manuscritos varían y le llaman *del Hierro*.

(2) V. la citada crónica del rey don Pedro escrita por Pero López de Ayala.

(3) V. la misma crónica. Esta niña era doña Beatriz, nacida en Córdoba el año 1353.

vienda que el enamorado rey dispuso para la mujer que más amó en su contrastada y tormentosa vida.

Los famosos y regios baños de doña María de Padilla, que se supone lo fueron de las Sultanas mientras era Sevilla corte de los sarracenos, tienen su entrada en el jardín *de la Danza*, por debajo de unos grandes salones construidos en tiempo de Carlos V. En lo antiguo, según se colige de la descripción de Fernán Caballero (1), se hallaban rodeados de naranjos y limoneros que bebían sus aguas, y no estaban encerrados entre los gruesos muros que les dan el aspecto de una lóbrega mazmorra (2). Cuéntase, refiere la distinguida escritora, que mientras se bañaba la hermosa favorita, le hacían tertulia el rey y sus cortesanos. La galantería de aquellos tiempos había introducido la costumbre de que los caballeros bebieran del agua misma en que se bañaban las damas, y así lo verificaban en el baño de doña María el rey y aquellos otros personajes. Notó un día don Pedro que uno de éstos no lo hacía, y dirigiéndose á él le dijo: ¿Porqué no bebéis? probad esta agua y veréis cuán buena y fresca es.—No haré tal, señor, contestó el interpelado.—¿Porqué? tornó á preguntar picado el monarca.—Para evitar, señor, repuso aquél, que si hallo agradable la salsa, vaya á antojármeme la perdiz.

Al pensar en las extrañas costumbres de la época del rey don Pedro, nos vemos insensiblemente conducidos al espacioso estanque que ocupa en el extremo de levante del jardín *de la Danza* un alto plano contiguo á la muralla. De este estanque se refiere, que hallándose muy preocupado aquel mismo rey con

(1) V. la bella descripción, ya mencionada, del *Alcázar de Sevilla*.

(2) El cañón de bóveda que los cubre y que hoy recibe escasa luz por las lumbreras abiertas en el patio que hay encima, llamado de doña María de Padilla, será probablemente el mismo que tenían en el siglo XIV á juzgar por las robustas ojivas en que se sostiene. El patio mencionado sufriría regularmente alteraciones cuando en tiempo de Carlos V se construyó el vasto pabellón con salones que está encima de los baños. El terremoto del año 1755, dice Ponz, arruinó *el patio con sus adornos*, y en 1766 se puso en él el enladrillado que hoy vemos, y se levantaron otras obras.

la idea de á qué juez confiaría el sentenciar un pleito sumamente enmarañado y oscuro, cortó una naranja en dos mitades y colocó una de ellas sobre la superficie del agua. Hizo venir á un juez, y le preguntó qué era lo que sobrenadaba; contestóle el juez que era una naranja, y descontento don Pedro, le despidió, mandando llamar sucesivamente á otros varios jueces, de quienes, habiéndoles hecho la misma pregunta, obtuvo también la propia respuesta. Llegó por último uno que, al escuchar la pregunta del rey, desgajó una rama de un árbol, y trayendo con ella hacia sí el objeto, lo sacó del agua.—Es media naranja, señor, contestóle.—Tú serás, dijo el rey, quien sentencie la causa; y la puso á su cuidado (1).

El singular carácter de este monarca y su manera de considerar la administración de justicia, nos llevan ahora al piso alto del Alcázar y al ángulo S. E., donde por remate de una poco interesante serie de salas con ricos artesonados y cornisas de almocárabe, hay un aposento cuyas paredes conservan su alto zócalo de alicatados, sus adornos de estuco con orlas de caracteres africanos, sus altas escuchas con espesas celosías, su friso estalactítico, su techo medio decaédrico de buen dibujo y hermoso dorado, y una alhanía con arco angrelado y acitara cuajada de arabescos. Cerca de uno de los ángulos, hay en la pared á regular altura un bajo relieve, que representa sobre una repisa á un hombre sentado con el cuerpo torcido hacia la puerta de entrada y la cabeza vuelta hacia arriba, como contemplando una calavera que se ve en lo alto sobre una faja de caracteres africanos. Quieren que este fatídico y oscuro emblema haya sido mandado poner por el rey don Pedro para perpetuar la memoria del escarmiento que hizo con unos jueces prevaricadores. Ocurrémosenos oponer, que si realmente la figura mencionada representa un juez, semejante alegoría hubiera sido más eficaz y de más saludable efecto en la Sala de Justicia que en el dormi-

(1) FERNÁN CABALLERO, descripción citada.

torio del rey; sin embargo, puede ser muy bien que el *justiciero* reuniese en ocasiones arduas á sus jueces y consejeros en la secreta estancia donde tenía la alcoba ó alhanía para descansar de sus azarosas empresas.

La *Sala del Príncipe* y el *Oratorio* son las únicas piezas de interés que nos falta examinar en la construcción anterior al Renacimiento (1); pero antes conviene que nos hagamos cargo de los objetos que al exterior nos rodean. El dormitorio de don Pedro cae al mediodía sobre los jardines: la *Sala del Príncipe* mira al norte y ocupa el piso alto de la fachada principal, por cuyos elegantes ajimeces se ilumina; el *Oratorio* se halla en la banda del Este. En el dormitorio hay un balcón que abre paso á una ancha galería con unas como glorietas rodeadas de asientos, al fin de la cual se encuentra un mirador con tres arcos semicirculares sostenidos en columnas pareadas de mármol con capiteles del más puro gusto árabe. Dilátanse á nuestros piés los espaciosos jardines, los cuales tendrían quizá un aspecto demasiado grave si la severidad de los naranjos y bojés que, unos contra las paredes, otros sirviendo de marco á los cuadros de flores y arrayanes, no discrepan de una augusta etiqueta, no estuviera paliada por el murmullo de las aguas rotas en los marmóreos tazones, las figuras mitológicas levantadas sobre columnas, los estanques de líquida esmeralda, la espléndida alegría del cielo, y la lontananza de unos horizontes perdidos al otro lado de los muros en el solemne silencio y en el apacible encanto de los campos. Desde la Sala del Príncipe se descubren, por encima de los almenados torreones del Alcázar, las innumerables agujas caladas que coronan la Catedral, sobre cuyo erizado remate de arcos, botareles, estribos y pináculos, descuella como un gigante puesto de vigía la berberisca Giralda con la sagrada enseña de su conversión á la fe de Cristo.—De la Sala

(1) Un horrible incendio destruyó en el año 1762 muchas estancias y techumbres del piso alto.

del Príncipe y del Oratorio ¿qué pudiéramos decir que alcanzase al efecto de su fiel reproducción en líneas, sombras y luces? Examínese el caprichoso recorte de los ajimeces de aquella, y se verá cuánto ha influido el gusto ojival en las formas de la arquitectura de oriente; repárense los arcos del Oratorio y su esbelto sostén, y los pilarcillos que cargan sobre las columnas del centro, y saltará á la vista la influencia que á su vez ejerció la arquitectura morisca en la ojival del tercer período. Las columnas de la Sala del Príncipe y de los demás cuartos adyacentes, son de mármol, con capiteles en general riquísimos (1): hay en torno de dicha sala divanes de alicatados, y todo presenta riqueza menos el techo, ya destruido, y el pavimento, pobre y medio roto. El Oratorio fué construido por orden de los Reyes Católicos en 1504: su retablo contiene en el centro un cuadro que representa la Visitación, firmado *Niculoso Francisco Italiano me fecit*, notable por la mezcla de purismo italiano y realismo flamenco en su dibujo, por su expresión y por sus bellos ropajes. Los azulejos platerescos de este Oratorio son de trazos enteramente *peruginescos*, y quizá la muestra más bella de esta clase de ornamentación cristiana en toda Andalucía (2).

Cuenta Ford que en este oratorio se desposó Carlos V con doña Isabel de Portugal: pero la noticia es inexacta; Sandoval, mejor informado, relata aquel fausto suceso de la manera siguiente: «Ocho días después que la emperatriz fué recibida en Sevilla, entró el emperador, haciéndole el mismo recibimiento y fiestas... Vino derecho á apearse á la Iglesia mayor, y de ahí pasó á los Alcázares, donde la emperatriz le estaba esperando, acompañada de la duquesa de Medina-Sidonia doña Ana de Aragón, y de la marquesa de Cenete mujer del conde de Nasau, y de otras grandes señoras: la emperatriz y todas

(1) Según Jerónimo Zurita, estas columnas estuvieron en el Palacio de Valencia que llamaban *el Real*, el cual fué despojado de este y de otros adornos después de haber sido vencido el rey don Pedro de Aragón por el de Castilla.

(2) Véase la lámina *Retablo y altar de la Capilla de los Reyes católicos*.

ellas vestidas riquísimamente. Luego como el emperador llegó, aquella misma noche los desposó por palabras de presente el cardenal legado, en la cuadra grande que llaman *media naranja* (que es el Salón de Embajadores), en presencia de todos los prelados y grandes que allí habían venido. La emperatriz pareció á todos una de las mujeres más hermosas del mundo, como á juicio de los que la vieron lo era, y se muestra en sus retratos. Llegada la hora de cenar, el emperador y la emperatriz se pasaron á sus aposentos, y después de media noche, (queriéndolo así el emperador por su religión) fué aderezado un altar en una cámara del Alcázar, y el arzobispo de Toledo que para este efecto se había quedado, dijo allí la misa y los veló (1).

Este casamiento, dice con razón M. de Latour, es la última página memorable de la historia del Alcázar. También las obras que llevó á cabo el emperador son las últimas mejoras notables hechas en este monumento. Queda ya indicado que los arquitectos Luís y Gaspar de Vega hicieron en él obras de importancia, y hemos mencionado la galería alta del patio de las Doncellas y las que miran al mediodía sobre los jardines y sobre los baños de doña María de Padilla. Edificáronse entonces nuevas habitaciones donde brilló el arte del Renacimiento, enlazándose á los adornos árabes los del gusto *plateresco*. Pero no se limitó el emperador á restaurar, reformar y edificar de nuevo en el antiguo Alcázar, ni fueron los mencionados arquitectos los

(1) *Historia del emperador Carlos V*, lib. XIV, año 1526.—Esta velación tuvo efecto, dice don Pablo de Espinosa, en domingo de Ramos, tiempo en que dicho acto está prohibido; pero el emperador se valió de la bula concedida al marqués de Tarifa, como deudo suyo. La Semana Santa suspendió las fiestas que se tenían prevenidas; pero la solemnidad religiosa fué tal, que causó admiración á todos. Desde la Pascua, y pasado el luto por la reina de Dinamarca doña Isabel, comenzaron las justas, en que el emperador salió en persona á la plaza de san Francisco, y hubo torneos, cañas y otras demostraciones, interpolándose la boda de la reina Germana, viuda segunda vez del marqués de Brandeburgo, con el duque de Calabria don Fernando, y duraron hasta el 18 de mayo en que partieron el emperador y la emperatriz para Granada.—Veáse á ZÚÑIGA, año 1526.

únicos que allí para él trabajaron, sino que también ensanchó y embelleció sus jardines, y en el que lleva el nombre *del León* mandó edificar por un tal Juan Hernández, en el año 1540, un elegante Cenador, de singular arquitectura entre italiana y morisca, que es sin disputa morada digna para una encantada princesa de los tiempos caballerescos.—Este cenador ó pabellón es de planta cuadrada y mide diez pasos en cada frente: rodéale una galería de cinco arcos por cada lado, los cuales descansan en delgadas columnillas de rarísimos mármoles con capiteles árabes. Luce al exterior un friso de arabesco formando cintas que se cortan en ángulos y dibujan estrellas, y toda la parte inferior está revestida de azulejos de Triana con los contornos de sus dibujos fuertemente realzados. En el interior hay otro friso plateresco, despiadadamente enalado, y un zócalo de azulejos con orla en que brillan las armas de Castilla y las águilas imperiales. En el centro se alza una hermosa fuente con tazón de mármol blanco; en torno gira una cenefa de azulejos que imitan un mosaico alicatado, y entre sus labores se leen la fecha de la construcción y el nombre abreviado del artífice. El artesonado que cubre esta deleitosa glorieta es de gusto decadente.

El muro que ciñe estos jardines por la parte de levante está decorado á la manera *vignolesca*, con robustos pilastrones de tosco almohadillado, un frontispicio de dos cuerpos sobre el estanque del jardín de la Danza, y ligeras arquerías que forman una prolongada *loggia* de bellísimo efecto. Mucho contribuye esta decoración á la majestuosa al par que risueña escenografía que presentan los jardines desde el elevado plano donde tienen su entrada los baños, y donde descuella el mirador de Carlos V.

Mas ¡ ay ! aquellos pensiles
no he pisado un solo día
sin ver (¡ sueños de mi mente !)
la sombra de la Padilla

lanzando un hondo gemido,
cruzar leve ante mi vista
como un vapor, como un humo
que entre los árboles gira:
ni entré en aquellos salones
sin figurárame erguida
del fundador la fantasma,
en helada sangre tinta (1).

No nos ocuparemos mucho en las obras que hicieron los Felipes III y V y Fernando VI. Construyeron aquellos el departamento que se halla al frente de la puerta de Banderas, donde están el *Apeadero* y la *Armería*. El *Apeadero* es un pórtico de treinta y ocho varas de largo y quince de ancho, con dos órdenes de columnas de mármol pareadas, y con un poyo para montar á caballo. La *Armería* es un espacioso salón que hay encima, destinado al objeto que indica su nombre. La época de ambas construcciones consta en una lápida embutida en su fachada, que dice así: REINANDO EN ESPAÑA PHELIPE TERCERO SE EDIFICÓ ESTA OBRA, AÑO DE MDCVII: REPARÓSE, AMPLIÓSE Y APLICÓSE Á LA REAL ARMERÍA REINANDO FELIPE V, AÑO DE MDCCXXVIII. Fernando VI hizo solo las oficinas que caen sobre los baños de doña María de Padilla, reparando de este modo las ruinas de las construcciones anteriores causadas por el espantoso terremoto del año 1755 (2).

(1) *El Alcázar de Sevilla*, romance del duque de Rivas.

(2) Hacia esta época puede decirse que comenzaron para el Alcázar los días nefastos que le condujeron al triste estado en que lo vimos durante nuestro primer viaje en el año 1853. Duró por consiguiente cerca de un siglo su época de desventuras, solo interrumpidas desde el año 1833 acá por algunas medidas reparadoras de que conviene hacer mérito para justo, aunque muy pequeño, galardón de sus celosos promovedores. Increíble parece que en tan largo tiempo de abandono no se haya venido al suelo la heterogénea mole.

En el voraz incendio del año 1762 perecieron la mayor parte de las techumbres de alfarge de las salas del piso alto que caen á los jardines, y el ministro don Ricardo Wall, temeroso sin duda del costo de una restauración en regla, mandó por real orden de abril de 1763 que todos los techos devorados por el fuego fuesen reparados según el modo de *construir moderno*. De resultas de tan funesta disposición, se echaron cielos rasos á dichas salas, y se rasparon las alfeizas que

aún conservaban parte del arabesco antiguo.—En el año 1805 se tomó el tristísimo acuerdo de variar el vestíbulo de la entrada principal y de enjalbegar con la antipática cal de Morón los magníficos estucados de la Sala del Príncipe y de otras antiguas tarbeas. Extendióse la malhadada reforma á sustituir al artesonado árabe de este salón un cielo de yeso que causaba grima, á abrir ventanas de traza moderna en el salón bajo de la fachada principal, llamado *de los príncipes*, contiguo al patio de las Muñecas y al jardín, y á poner en la techumbre del Salón de Embajadores pesadas alfardas y estribos que destruían la esbeltez de su esmaltada media-naranja.—Desearíamos saber quién fué el primero que volvió por el decoro del arte, maltratado en las épocas anteriores, emprendiendo por los años 1833 una racional rústica restauración del patio de las Muñecas y del salón que le sigue al norte, arriba mencionado, y que ejecutó con plausible celo el profesor de pintura don Joaquín Cortés, secundado por el entendido alarife Antonio Raso y por el oficial Manuel Cortés.—Hacia el año de 1843 empezó verdaderamente la obra reparadora, merced á los loables esfuerzos del digno administrador del Real Patrimonio, don Domingo de Alcega, y de los que en su difícil empresa le ayudaron, á saber, el distinguido artista don Joaquín Domínguez Becquer y el maestro alarife José Gutiérrez y López. El Sr. Becquer trazó la cornisa árabe que hoy decora por la parte exterior el cuerpo de edificio que defiende la cúpula del Salón de Embajadores, cuya armazón había quedado medio desquiciada por efecto de la obra hecha en 1805, y desde entonces no cesó en consagrar su útil talento á la conservación y restauración, ya parcial, ya general, del monumento más precioso de la arquitectura morisca del siglo xiv.—Durante los años 52 y 53 el Alcaide de los Reales Alcázares, Sr. Mesa, llevó á cabo la reposición de algunos ornatos de estuco en diversas estancias; y después el Teniente-alcaide don Alonso Núñez de Prado, fiel intérprete de los generosos deseos de nuestros reyes, con la cooperación del citado Sr. Becquer, condujo á feliz remate una restauración total que si no era irreprochable á los ojos de la moderna crítica, no dejaba de ser meritoria atendida la época en que se emprendió.—En 1855 el Administrador del Alcázar solicitó la venia de S. M. la reina doña Isabel II para ejecutar nuevas obras de restauración, y obtenido el permiso, se cubrió de cristales el *patio de las Muñecas*, se reedificaron los 36 arcos del *patio de las Doncellas*; se repintaron las paredes y artesonados de sus galerías, se doraron sus puertas, y se hicieron otras herejías semejantes. Esta fué la última de las terribles pruebas á que sometió la Providencia la obra del rey don Pedro.—Hoy que se ve más claro, por lo que modernamente ha adelantado entre nosotros el conocimiento de la historia del arte, de seguro no volverán á cometerse desmanes como las llamadas *restauraciones* de 1805, 1815, 1850 y 1855; pero creemos que hay insigne injusticia en acusar de bárbaros y vándalos, como lo hacen algunos jóvenes *arqueólogos* cuya ciencia data de ayer mañana, á aquellos celosos promovedores de las desacertadas reformas pasadas, sólo porque no alcanzaron del cielo el raro don de anticiparse al criterio de su tiempo.

CAPÍTULO XXVIII

Sevilla desde la época del Renacimiento hasta la moderna decadencia del arte.
Edificios civiles de particulares



A lenta y dolorosa elaboración de los siglos xiv y xv había producido en todo el catolicismo á principios del xvi una revolución completa. Nuevas ideas, nuevas necesidades, nuevos descubrimientos, habían introducido nuevas doctrinas y formas nuevas en la filosofía, en la política y gobierno, en las ciencias, en la literatura y en las artes. La idea católica, que tantas maravillas creó durante la Edad-media, languidecía y se eclipsaba; su émula la idea pagana, renacía y subyugaba los más privilegiados entendimientos. La Italia, foco de las nuevas y peligrosas teorías que invadían todo el Occidente, se declaraba adepta del sensualismo clásico; las naciones que en los pasados siglos habían mantenido el honor de la civilización cristiana, cedían á la propaganda materialista. Solo España pugna por el decoro de su veneranda maestra, la Iglesia de Jesucristo.